

tuales, desplegó toda su actividad en los quehaceres domésticos. Se enredó con los muebles y les devolvió su brillo. Dirigió esos aludes de ropa sucia y esos diluvios llamados lejías, que, según costumbre de las provincias, sólo se hacen tres veces al año. Examinó atentamente la ropa blanca y la planchó. Luego, celosa de iniciarse poco á poco en los secretos de la fortuna, se asimiló la escasa ciencia de los negocios que tenía Rouget, y la aumentó conversando con el señor Herón, notario del difunto.

Así pudo darle excelentes consejos á su querido Juan Jacobo; segura de ser siempre el ama, demostró por los intereses del joven tal solicitud como si se tratara de los suyos propios. Ya no tenía que temer las exigencias de su tío; dos meses antes de la muerte del doctor, Brazier había fallecido á consecuencias de una caída dada al salir de la taberna, en donde pasaba su vida desde que tenía dinero; también había fallecido el padre de Flora. De modo que sirvió á su amo con toda la afición de una huérfana deseosa de hacerse una familia y de tener un fin en la vida.

Aquella época fué el paraíso para Juan Jacobo, el cual tomó las dulces costumbres de una vida animal embellecida por una especie de regularidad monástica. Se levantaba tarde. Flora, que por las mañanas se iba á la compra y que luego arreglaba la casa, despertaba á su amo en hora en que, terminado su aseo personal, estuviese listo el almuerzo. Después de éste, á eso de las once, Juan Jacobo se paseaba, hablando con quienes se encontraba, y volvía á las tres para leer los periódicos, el del departamento y uno de París, que llegaba á sus manos tres días después de publicado, sucio, manchado. Así llegaba el solterón á la hora de la comida, quedando en la mesa cuanto tiempo podía. Flora le contaba los chismes de la ciudad; á eso de las

ocho se apagaban las luces. Acostarse temprano constituye una economía de luz y de calefacción muy en honor en provincia, pero que contribuye al embrutecimiento de la gente, por los abusos de la cama. Demasiado sueño entorpece y ensucia la inteligencia.

Tal fué la vida de aquellos dos seres durante nueve años, vida llena y vacía á un mismo tiempo, en la que contaron como acontecimientos salientes viajes á ciudades cercanas. Rouget prestaba su dinero al cinco por ciento en primera hipoteca, con subrogación en los derechos de la mujer, cuando era casado el deudor. Nunca daba más de la tercera parte del valor real de los bienes, y se hacía firmar pagarés que representaban un suplemento de interés de dos y medio por ciento escalonados en toda la duración del préstamo. Tales eran las leyes que le recomendó su padre que observara siempre. La usura, garra que constrarresta la ambición de los campesinos, devora los campos. Tan razonable parecía aquel interés de siete y medio por ciento, que Juan Jacobo escogía los negocios; pues los notarios, que cobraban un tanto sobre tan fructuosas operaciones, avisaban al solterón.

Durante aquellos nueve años, Flora tomó, insensiblemente y sin ella buscarlo, un dominio absoluto sobre su amo. Trató á Juan Jacobo muy familiarmente; y luego, sin faltarle al respeto, tan superior se mostró por la inteligencia y por la fuerza de carácter, que se volvió él servidor de su criada. Aquel chiquillo grande se sometió por sí mismo á aquella dominación, dejándose mimar tanto, que Flora fué para él como una madre es para su hijo; por eso acabó Juan Jacobo por sentir hacia Flora esa necesidad de protección que hace que no pueden los niños pasar sin su madre. Pero hubo entre ellos lazos mucho más estrechos. Por

de pronto, Flora era la que gobernaba en todo la casa; y de tal manera descansaba en ella Juan Jacobo, que sin Flora le hubiera parecido la vida, no ya difícil, sino imposible. Además, aquella mujer se había convertido en necesidad absoluta de su existencia; acariciaba todas sus fantasías, ella que tan bien las conocía.... Gustábase á él ver aquella cara feliz que siempre le sonreía, la única que hasta entonces le había sonreído, la única que había de sonreírle....

Aquella dicha, puramente material, era algo como el reflejo de su propia dicha. La tristeza que manifestó Juan Jacobo al ver, alguna que otra vez, disgustada á Flora, reveló la extensión del poderío de aquella mujer, la cual, para cerciorarse bien, quiso usar de él. Usar, en mujeres como Flora, significa siempre abusar. Al cabo de algunos experimentos de orden privado, Flora se vió tan segura de su imperio, que no pensó, por desgracia para ella y para el solterón, en que éste se casara con ella.

Hacia fines de 1815, á los veintisiete años, había llegado Flora al completo desarrollo de su belleza. Gorda y fresca, blanca, ofrecía el ideal de lo que antes se entendía por *una hermosa comadre*. Su belleza se parecía á la de una hermosa criada de posada, pero más suntuosa. Tenía hermosos brazos redondos y blancos, plenitud de formas, pulpa satinada, contornos atractivos. La expresión de Flora era la ternura y la dulzura. Su mirada no imponía respeto, sino que convidaba á la alegría franca y sana.

En 1816, la Enturbiadora vió á Max Gilet y en seguida se enamoró de él. Recibió en el corazón esa flecha mitológica, admirable expresión de un efecto natural que los griegos tenían que representar de aquella manera, por ignorar el amor caballeresco, ideal y melancólico creado por el

cristianismo. Era Flora demasiado hermosa para que desdeñara Max tal conquista. De modo que, á los veintiocho años, conoció la Enturbiadora el verdadero amor, el amor idólatra, infinito, ese amor que encierra todas las maneras de amar. En cuanto supo el oficial sin fortuna la situación respectiva de Flora y de Juan Jacobo Rouget, comprendió que relaciones con la Enturbiadora significaban para él algo más que un capricho. Así es que, para asegurar su porvenir, con placer se instaló en casa de Rouget, conociendo la debilidad de carácter de aquel hombre. La pasión de Flora influyó necesariamente en la vida y en el interior de Juan Jacobo. Durante un mes, el solterón, amedrentado más que de razón, vió terrible, tétrica y adusta la cara tan risueña y tan afectuosa de Flora. Sufrió los malos modos de aquel mal humor calculado, absolutamente como el hombre casado cuya esposa medita una infidelidad. Cuando, en medio de los más crueles desdenes, se atrevió el infeliz á pedirle á Flora una explicación acerca de aquel cambio, despidió la mirada de la joven llamaradas de odio, y su voz tuvo tonos agresivos y despreciativos que jamás hasta entonces había oído el pobre Juan Jacobo.

— ¡Pues muy sencillo! Es que no tiene usted corazón ni alma. Dieciséis años hace que doy aquí mi juventud, y no había notado que tuviese usted una piedra aquí,.. dijo gopeándose el corazón. Desde hace dos meses ve usted venir aquí á ese bravo comandante, víctima de los Borbones, que merecía ser general, y que está necesitado, sin poder salir de un país en donde ningún porvenir le espera. Tiene que estar sentado todo un día en una silla, en el municipio, para ganar... ¿qué? seiscientos miserables francos... Y usted, que tiene montones de oro colocados, y que, merced á mí, no gasta arriba de tres mil francos

anuales, no es usted para ofrecerle cuarto aquí, en donde todo el segundo esta vacío... Por lo visto prefiere usted que bailen á gusto ratas y ratones, á colocar allí un ser humano, ese chico, en una palabra, al que siempre tuvo por hijo suyo su padre de usted. ¿Quiere usted saber lo que es Ud. ? Pues se lo voy á decir : ¡es usted un fraticida! Y yo sé muy bien por qué : ha visto usted que me interesaba por él, y eso le molesta. Bajo su aspecto de estupidez, tiene usted más lagarteria que los más lagartos. Bueno, pues me intereso por él, y de firme...

— Pero, Flora...

— ¡No hay *pero* Flora que valga! Ya puede usted, ya, buscar otra Flora, si es que hay dos como yo, pues quiero que me sirva de veneno este vaso de vino si no me largo de su chamizo de casa. Gracias á Dios, ni un céntimo le habré costado durante los doce años que en ella he estado, y se habrá usted divertido á poca costa. En cualquiera otro sitio hubiera yo ganado mi vida haciendo lo que hago aquí : lavar, planchar, estar atenta á las lejías, ir á la compra, guisar, defender en todo sus intereses, extenuarme día y noche... ¡Y esa es mi recompensa!

— Pero, Flora...

— Sí, Flora...; ya le darán á usted Floras, á los cincuenta y un años cumplidos, cascado y feo como está... Y con un genio!...

— Pero, Flora...

— ¡Váyase enhoramala!

Salió cerrando la puerta con tal violencia, que toda la casa retumbó. Con suavidad entreabrió Juan Jacobo la puerta y muy quedo se fué á la cocina, en donde seguía Flora gruñendo.

— Flora, dijo aquel borrego, esta es la primera vez que me hablas de tu deseo : ¿cómo puedes saber si accedo á él ó no ?

— Por de pronto, contestó la joven, hace falta un hombre en la casa; todo el mundo sabe que tiene usted aquí mucho dinero, y si viniesen á robarle, nos matarian. Por lo que á mí toca, no tengo gana de despertarme un día despedazada, como le ocurrió á aquella pobre criada que tuvo la estupidez de defender á su amo. De modo que si sabe la gente que hay en casa un hombre de armas tomar, más tranquila dormiría yo. Acaso le digan á usted tonterías; que le quiero, que lo adoro; bueno, pues ¿sabe usted lo que ha de contestar? pues contestará usted que lo sabe y que su difunto padre le recomendó Max antes de morir. Todo el mundo se callará, pues todo el mundo sabe que el doctor le pagó á Max el colegio en Issoudun. Nueve años hace que le como á usted el pan...

— Flora... Flora...

— Y más de uno me ha hecho proposiciones. Me ofrecían joyas y más joyas...; me decían : « Florita, si dejas á ese imbécil de Rouget », porque así es como le llaman en Issoudun. « ¡Dejarlo yo! contestaba; él, un inocente, ¿qué haría sin mí !

— Es verdad. Flora, no tengo más que á ti en el mundo, y soy muy feliz así. De modo que, hija mía, si tal es tu deseo, aquí tendremos á Max Gilet : comerá con nosotros...

— Lo supongo...

— Bueno, bueno, no te enfades.

— Donde hay para uno hay para dos, contestó ella riéndose. Pero si quiere usted ser del todo mono, ¿sabe usted lo que ha de hacer, borreguito mío? Pues irá usted, á eso de las cuatro, á pasearse por los alrededores del Ayuntamiento, y se dará maña para hacerse el encontradizo con el Sr Comandante Gilet, al que convidará á comer. Si no acepta en seguida, dígame que tendré yo

gusto en ello : es demasiado galante para insistir en su rehuso. Y ya entonces, á eso del final de la comida, si él le habla á usted de sus desgracias, de los pontones, y será menester que tenga usted la delicadeza de llevar sobre ese terreno la conversación, le ofrecerá usted el que se quede aquí... Si pone reparos, no se apure, que yo sabré bien decidirle...

Mientras se paseaba lentamente por el bulevar Barón, el solterón reflexionó, en cuanto podía hacerlo, sobre aquel acontecimiento. Si se separaba de Flora... (y al pensar esto, ya no veía claro), ¿qué otra mujer podía encontrar? ¿Casarse? A su edad, sólo por su dinero se casarían con él, y sería más cruelmente explotado por su mujer legítima que por Flora. Además, la sola idea de verse privado de aquella ternura, aunque ilusoria, le causaba horrible angustia. Fué, pues, para el comandante, todo lo amable que pudo. Cual Flora lo deseaba, se efectuó la invitación en presencia de testigos, para poner á salvo la honra de Max.

Se reconciliaron amo y criada; pero, desde aquel día, notó Juan Jacobo detalles que indicaban un cambio completo en el cariño de la Enturbiadora. Por espacio de quince días Flora se deshizo en quejas, en las tiendas, en el mercado, con las comadres, acerca de la tiranía de Rouget, al que le había dado por llevarse á su casa á su pretendido hermano natural. Pero á nadie engañó con su comedia, y todos tuvieron á Flora por una mujer muy astuta.

Muy contento quedó Rouget de la entrada en su casa de Max, pues tuvo á una persona que sin cesar tratara de agradarle, aunque sin servilismo. Gilet conversaba, y algunas veces se paseaba, con Rouget. Tan pronto como entró en casa el oficial, ya no quiso Flora ser cocinera, alegando que la cocina le estropeaba las manos. Obedeciendo al

deseo del Gran maestro de la orden, la Cognette indicó una parienta suya, antigua ama de cura, cuyo amo, el cura, acababa de morir sin dejarle nada; excelente cocinera, que se mostraría muy adicta á Flora y á Max. Además, la Cognette prometió á su parienta, en nombre de aquellas dos potencias, una renta de trescientos francos al cabo de diez años de buenos, leales y prudentes servicios. De edad de sesenta años, la Védie era notable por una cara llena de costurones producidos por la viruela, y bastante fea. Desde que se ciñó el delantal la Védie, la Enturbiadora se convirtió en la señora Brazier. Se puso corsé, vestidos de seda, y otros de buena lana y de algodón, según las estaciones; se adornó con prendas caras, tuvo cuidado de lo mejor, y se mantuvo en una elegancia que la rejuveneció. Fué como un brillante en bruto, tallado y montado por artistas para hacerle valer todo su precio. Quería honrar á Max. Al finalizar el primer año, en 1817, hizo venir un caballo inglés para el comandante, que se aburría de pasearse á pie. Había Max trabado conocimiento, en las cercanías, con un antiguo lancero de la guardia imperial, un polaco llamado Kuski, caído en la miseria, y que muy contento estaba de poder entrar en casa de Rouget, al servicio del comandante. Max fué el ídolo de Kuski, sobre todo después del duelo de los tres realistas. Desde 1821, la casa de Rouget se compuso, pues, de cinco personas, de las cuales, tres eran amos, y el gasto ascendió á unos ocho mil francos.

En el momento en que la señora de Bridau volvía á Issoudun para, según la expresión de Desroches, salvar una herencia tan seriamente comprometida, Rouget había llegado gradualmente á un estado vegetativo. Por de pronto, desde la entrada de Max en la casa, Flora hizo servir diariamente comidas de obispo. Rouget, que se afi-

ción á la buena comida, engulló cada vez más, excitado por la succulenta cocina de la Vedie. Pero á pesar de comer tanto y tan bueno, engordó poco. De día en día iba decayendo como un hombre cansado, por sus digestiones quizá, y ojeras muy pronunciadas rodearon sus ojos. Pero cuando, en sus paseos, le preguntaban que qué tal se sentía, contestaba que jamás había gozado de tan buena salud. Como siempre se le tuvo por muy escaso de inteligencia, nadie notó la depresión constante de sus facultades. Su amor por Flora era el único sentimiento que le daba vida, sólo para ella existía; su debilidad para con ella no tenía límites, obedecía á una mirada, acechaba los movimientos de aquella mujer como acecha un perro los gestos de su amo. En fin, según frase de la señora de Hochón, á los cincuenta y siete años estaba Rouget más avejentado que Hochón á los ochenta.

Cada cual imagina, y con razón, que el cuarto de Max era digno de aquel buen mozo. En efecto, en seis años, gradualmente, había el joven ido mejorando su estancia, tanto por sí mismo como por Flora. Pero, por mucho que hiciese, no podía salir de lo que se gastaba en Issoudun. Había en su cuarto, cosa monstruosa, de la que toda la ciudad se ocupó, una estera de junco en la escalera, sin duda para apagar el ruido de los pasos; por eso, cuando entraba al amanecer, Max no despertaba á nadie; jamás Rouget sospechó que tuviera que ver algo su huésped con las hazañas de los caballeros de la Ociosidad.

Á eso de las ocho, Flora, con una linda bata de raytas, y adornada la cabeza con una fina cofia de encajes, abrió despacito la puerta del cuarto de Max; pero, viéndole dormido, se quedó quieta al lado de la cama.

— ¡Ha regresado tan tarde... á las tres y media!

Menester es que este hombrecito tan querido tenga una robustez de primera para resistir á tales diversiones. ¿Qué habrán hecho la noche pasada?

— Hola, buenos días, Florita mía, dijo Max despertándose á modo de militar, acostumbrados, por las sorpresas de la guerra, á tomar posesión de todas sus ideas y de su sangre fría al despertar, por repentino que éste sea.

— Estás durmiendo, me voy...

— No, quédate, ocurren cosas graves.

— ¿Habéis hecho alguna majadería la noche pasada?

— ¡Sí, sí!... Se trata de nosotros y de ese animalucho. Oye, nunca me habías tú hablado de su familia... Pues está al llegar, esa familia, y sin duda para acortarnos la ración.

— Pues lo voy á sacudir de lo lindo, dijo Flora.

— Señorita Brazier, dijo gravemente Max, se trata de cosas harto serias para tomarlas en broma. Enviame mi café y lo tomaré en la cama, en donde voy á meditar acerca de la conducta que hemos de observar... Vuelve dentro de una hora y hablaremos. Mientras, haz como si nada supieras.

Emocionada por aquella noticia, se alejó Flora y se fué á prepararle á Max el café; pero, un cuarto de hora después, entró precipitadamente Baruch y dijo al gran maestre:

« ¡Fario busca su carreta! »...

En cinco minutos estuvo vestido Max; bajó y, pareciendo pasearse sin fin determinado, se llegó al pie de la torre, en donde vió considerable gentío.

« ¿Qué ocurre? dijo Max hendiendo aquella ola y penetrando hasta el español. »

Fario, hombrecillo seco, tenía una fealdad digna de un grande de España; ojos centelleantes, como

abiertos con berbiquí, y muy juntos, le daban el aspecto de esos hombres que, en Nápoles, pasan por hacer mal de ojo. Aquel hombrecillo parecía de humor dulce porque era grave, sereno, lento en sus movimientos; pero su tez de color de cordobán y su tranquilidad ocultaban á los ignorantes y anunciaban al observador el carácter semimorisco de un campesino de Granada, al que nada, hasta entonces, había hecho salir de su pachorra y de su pereza.

« ¿Está usted seguro, le dijo Max después de escuchadas las quejas del tratante en granos, de haber traído aquí su carreta? pues, gracias á Dios, no hay ladrones en Issoudun.

— Estaba aquí...

— Si quedó enganchado el caballo, ¿no pudo haberse llevado la carreta?

— Aquí está, mi caballo, dijo Fario designando el animal, que, con todos sus arcos, estaba á unos treinta pasos.

Max se fué gravemente al sitio donde estaba el caballo para poder, alzando los ojos, ver él la base de la torre, pues el gentío estaba abajo. Todo el mundo siguió á Max, y eso era lo que el muy pillo quería.

« ¿Tiene alguien por distracción un coche en sus bolsillos? gritó Francisco.

Risotadas contestaron por todas partes. Fario juró, y sabido es que, en un español, el jurar es señal de violentísima ira.

« ¿Es ligera, tu carreta? dijo Max.

— ¡Ligera!... Si los que se rien la tuvieran sobre los pies, no les molestarían los callos.

— Pues menester es que lo sea mucho, porque se ha volado al cerro.

Al oír estas palabras, todos los ojos se alzaron, y durante un rato hubo como un motín en el mercado. Todos señalaban hacia aquella extraordi-

naria carreta; todas las lenguas estaban en movimiento.

« El diablo protege á los posaderos, que todos se condenan, dijo el joven Goddet al tratante estupefacto: ha querido enseñarte á no dejar carretas en las calles, en vez de llevarlas á la posada.

Al oír esto, risotadas estallaron en el gentío, pues tenía Fario fama de avaro.

« Vaya, buen hombre, no hay que desanimarse, dijo Max. Vamos á subir á la torre para saber cómo ha llegado allí tu carreta, y te ayudaremos. ¿Vienes, Baruch?... Tú, le dijo á Francisco hablándole al oído, haz que se aparte la gente y que no quede nadie al pie del cerro cuando nos veas arriba.

Fario, Max, Baruch y otros tres caballeros subieron á la torre. Durante aquella ascensión bastante peligrosa, Max le hacía notar á Fario que no se veían huellas que indicasen el paso de la carreta; por lo que no acertaba el español á explicarse el suceso y creía perder el juicio. Llegados arriba, y una vez examinado el caso, pareció seriamente imposible que seres humanos hubiesen subido allí la tal carreta.

« ¿Y cómo voy á bajarla? dijo el español, cuyos ojillos expresaban por vez primera el espanto, y cuya cara amarilla y chupada, que parecía no poder mudar de color, palideció.

— ¿Cómo? dijo Max. Pues no me parece difícil... »

Y aprovechando la estupefacción del tratante en granos, cogió con mano firme las varas del carro, como para lanzarlo; después, en el momento de soltarlo, gritó con voz poderosa:

« ¡Allá va!... »

Pero no podía haber inconveniente alguno, pues la gente, avisada por Baruch y llena de curiosidad, se había colocado lo bastante lejos para ver

lo que ocurriera arriba. La carreta se rompió, de la manera más pintoresca, en infinitos pedazos.

« Ya está abajo, dijo Baruch.

— ¡Ah, bandidos! ¡ah, canallas! grito Fario; acaso la habéis subido vosotros mismos.

Max, Baruch y sus tres compañeros se echaron á reír de las injurias del español.

— ¿Conque hemos querido ayudarte, dijo friamente Max; he estado á punto de ser arrasado por tu carreta, y así es como nos das las gracias? ¿De dónde eres?

— Soy de un país donde no se perdona, contestó Fario, que temblaba de ira. Mi carreta os servirá de coche para ir al infierno...; á menos, dijo, cambiando de tono, que queráis reemplazármela por una nueva...

— Hablemos de eso, dijo Max mientras bajaban.

Ya que estuvieron abajo y junto á los primeros grupos de los guasones, Max cogió á Fario por un botón de su chaqueta y le dijo :

— Amiguito Fario, te regalaré una magnífica carreta si me das doscientos cincuenta francos.

— Hombre, contestó Fario, si me diera usted el coste de mi carreta, en pocas cosas podría usted emplear mejor el dinero del S^r Rouget.

Max palideció y levantó su formidable puño sobre Fario; pero Baruch, que sabía que semejante golpe no heriría sólo al español, se llevó á Fario como una pluma y dijo en voz baja á Max;

— ¡Cuidado con hacer tonterías!

El comandante, llamado al orden, se echó á reír y contestó á Fario :

— Si por descuido te he roto tu carreta, ahora tratas tú de calumniarme : estamos en paz.

— No del todo, dijo Fario entre dientes; pero me alegro de saber lo que valla mi carreta.

— Oye, Max, ese habla claro, dijo un testigo

de la escena, que no pertenecía á la orden de la ociosidad.

— Adiós, señor Gilet, no le doy aún gracias por su ayuda, dijo el tratante subiendo en su caballo y desapareciendo en medio de una chillería.

— Se le guardará á usted el hierro de las ruedas, le gritó un carrero que estaba contemplando el efecto de aquella caída.

Una de las varas se había plantado como un árbol. Quedó Max pálido y pensativo, herido en el corazón por la frase del español. Durante cinco días se habló en Issoudun de la carreta de Fario. Estaba destinada á viajar, según frase del joven Goddet, pues dió la vuelta á la comarca, en donde se contaban las escenas ocurridas. Lo que más le dolió al español fué el ser blanco de las bromas de tanta gente. Max y la Enturbiadora, con motivo de la tremenda contestación del vengativo español, fueron también objeto de mil comentarios que se decían al oído, no sólo en Issoudun, sino en otras ciudades. Max conocía lo suficiente el país para no dudar de los comentarios de cada cual.

— Imposible impedirles hablar, pensaba. En mal paso me he metido.

— Max, le dijo Francisco cogiéndole del brazo, llegan esta noche...

— ¿Quién?

— ¡Los Bridau! Mi abuela acaba de recibir carta de su ahijada.

— Escucha, amiguito, le dijo Max al oído, he pensado mucho sobre ese asunto. Ni Flora ni yo hemos de aparentar tenerles tierra á los Bridau. Si los herederos se marchan de Issoudun, ha de aparecer como que sois vosotros, los Hochón, quienes los echáis. Fijate bien en esos parisienses; y una vez que también yo los haya examinado, veremos, mañana, en casa de la Cognette, qué es lo que

conviene hacer y cómo nos arreglaremos para que se indispongan con tu abuelo...

— Max ha dado con la horma de su zapato, dijo, refiriéndose al español, Baruch á su primo Francisco, al regresar á casa del Sr Hochón y mirando al comandante que se volvía á su casa.

Mientras Max hacia aquella calaverada, Flora, á pesar de las recomendaciones de su comensal, no



había podido reprimir su ira; y sin saber si hacia bien ó si hacia mal, cerraba contra el pobre solterón. Cuando tenía Juan Jacobo la desgracia de excitar la ira de su criada, le suprimían de repente las atenciones y los mimitos que tanto le gustaban; en una palabra, Flora castigaba á su amo: ninguna palabrita cariñosa de aquellas con que solía adornar la conversación, variando de tonalidades, y salpicándolo todo con miradas más ó menos tiernas: « Ratoncito mío, pichoncito, corderito, monín, etc. » Un *usted*, seco y frío, irónicamente respetuoso, entraba en el corazón del desgraciado como la hoja de un cuchillo. Aquel

usted servía de declaración de guerra. Luego, en vez de asistir al levantar del buen hombre, en vez de darle su ropa y demás, de prever sus deseos, de mirarle con esa especie de admiración que todas las mujeres saben expresar, y que, cuanto más burda, más gusta, diciéndole: « ¡Está usted fresco como una rosa! — ¡vaya una salud que tiene



usted! — ¡qué hermeso eres, Juan! » — en una palabra, en vez de decirle aquellas monadas y aquellos chistes picantes que tanto le agradaban, Flora lo dejaba vestirse solo. Si llamaba él á la Enturbiadora, contestaba ésta desde el pie de la escalera:

— No puedo hacerlo todo á un tiempo, cuidar de su almuerzo y servirle de doncella. ¿Qué, no tiene usted bastantes años para vestirse solo?

— ¿Qué puedo haberle hecho? se dijo el anciano al recibir una de esas rabotadas en el momento de pedir agua caliente para afeitarse.

— Vedic, suba usted agua caliente al señor, gritó Flora.

— Vedic, dijo el viejo, atontado por aquel mal humor que pesaba sobre él, ¿qué tiene hoy la señora?

Flora se hacía llamar *señora* por su amo, por Kuski y por Max.

— Parece ser que le han dicho, respecto de usted, algo que no le ha gustado, contestó Vedic aparentando tristeza. Y hace usted mal, señor. Mire, yo no soy sino una pobre criada, y acaso me diga usted que no me meta en lo que no me importa; pero ya puede usted buscar por todas partes, que no dará con una mujer como la señora. Debería usted besar donde ella pisa. El disgustarla á ella es como si usted mismo se agujereara el corazón. Y por cierto que está llorosa.

La cocinera dejó al viejo aterrado; se desplomó sobre una butaca, miró al espacio cual loco melancólico, y se le olvidó afeitarse. Aquellas alternativas de ternura y de frialdad producían en aquel ser débil, que sólo por la fibra amorosa vivía, los efectos morbosos producidos en el cuerpo por el repentino paso de un calor tropical á un frío polar. Aquellas pleuresias morales lo gastaban tanto como enfermedades. Flora era la única que podía remediar á aquello, pues, para ella, era tan bueno como necio.

— ¿Qué, no se ha afeitado? preguntó Flora asomando por la puerta.

Se estremeció el viejo; de pálido se volvió amaratado, pero sin quejarse.

— Tiene usted el almuerzo en la mesa; pero ande, haje con bata y babuchas; almorzará solo.

Y sin esperar contestación desapareció. Dejarle

almorzar solo era, para el viejo, el mayor de los castigos. Al llegar al pie de la escalera, Rouget tuvo un golpe de tos, pues se había despertado su catarro.

— Anda, tose, dijo Flora en la cocina, sin cuidarse de si la oía ó no su amo. Bastante robusto es para resistir sin que nadie se ocupe de él.

Tales eran las amenidades que la Enturbiadora dirigía á Rouget cuando estaba enfadada.

El pobre hombre se sentó, con profunda tristeza, á un ángulo de la mesa, y miró sus viejos muebles y sus cuadros con el mayor desencanto.

— Bien pudo usted haberse puesto una corbata, dijo Flora entrando. ¿Cree usted que es agradable ver un cuello como el que tiene, más encarnado y más arrugado que el de un pavo?

— Pero ¿qué le he hecho á usted? preguntó alzando hacia Flora sus ojos saltones verdiclaros y llorosos.

— ¿Lo que usted me ha hecho? ¿qué, no lo sabe usted? ¡vaya un hipócrita! Su hermana Agata, que lo es de usted como yo de la torre de Issoudun, según decía el doctor, llega de París con su hijo, ese pintorcillo de tres al cuarto; vienen á verle á usted...

— ¿Mi hermana y mis sobrinos vienen á Issoudun? dijo Rouget estupefacto.

— Si, si, hágase el extrañado, para hacerme creer que no les ha escrito usted que vengan. Pero no se apure, no molestaremos á los parisienses; antes de que lleguen, ya nosotros nos habremos marchado. En cuanto á su testamento, en cuatro pedazos lo he de romper, en sus hocicos de usted. Deje sus bienes á su familia, ya que no somos, nosotros, su familia de usted. Y una vez que ya no estemos aquí, á ver si le van á querer por su persona esos individuos que no le han visto desde hace treinta años. No es su hermana de usted

la que me ha de sustituir, ella, una devota que se come los santos...

— Si no hay más que eso, Florita mía, puedes estar tranquila, dijo el viejo, pues ni mi hermana ni mis sobrinos han de entrar aquí. Te juro que esta es la primera noticia que tengo de la tal llegada, que de seguro es un golpe montado por la Señora de Hochón, la vieja devota.

Max, que pudo oír la contestación de Rouget, asomó de repente diciendo con tono de mando :

— ¿ Qué ocurre ?

— Mi buen amigo Max, repuso el viejo, feliz de comprar la protección del soldado, que, por convenio con Flora, apoyaba siempre á Rouget, juro por lo más sagrado que ahora mismo acabo de saber la tal noticia. Nunca le he escrito á mi hermana : mi padre me ha hecho prometer que no le dejara nada, que lo diera más bien á la Iglesia... En una palabra, no recibiré á mi hermana Agata ni á sus hijos.

— Decía mal su padre de usted, mi querido Juan Jacobo, y la señora dice peor, contestó Max. Sin duda, su padre de usted tenía sus razones; pero ha muerto, y con él debe morir su odio... Su hermana de usted es su hermana, y sus sobrinos. Debe usted, por su decoro y por el nuestro, hacerles buena acogida. ¿ Qué dirían en Issoudun ? ¡ Vaya, que ya estoy harto ! No falta sino que digan que lo secuestramos á usted y que intentamos captar su herencia... Que me lleve el diablo si no me largo á lá segunda calumnia; y ya sobra con una. Almorcemos.

Flora, más suavizada, ayudó á la Vedie á poner la mesa. Rouget, lleno de admiración por Max, lo cogió de la mano, se lo llevó al hueco de una ventana, y le dijo :

— ¡ Ah ! Max, ni á un hijo le querría más que á ti. Y tenía razón Flora : entre los dos sois mi

familia... Tienes pundonor, Max, y lo que acabas de decirme está muy bien.

— Debe usted agasajar á su hermana y á su sobrino, pero sin alterar en nada sus disposiciones, le dijo entonces Max interrumpiéndole. Y así satisfará usted á su padre y al mundo...

— Amiguitos míos, exclamó Flora con tono alegre, se enfría el almuerzo. Toma tú, pichoncito mio, este bocado, le dijo, sonriéndose á Juan Jacobo.

Al oír estas palabras, el rostro del viejo se iluminó; pero tuvo un nuevo golpe de tos, pues la dicha de verse perdonado le producía una emoción tan violenta como la de ser castigado. Flora se levantó, se quitó de los hombros un chalecillo de seda y con él envolvió el cuello del viejo, diciéndole :

— Es necio atormentarse así por nonadas. ¡ Tome, viejo imbécil, esto le curará, estaba sobre mi corazón...

— ¡ Qué cariñosa es ! le dijo Rouget á Max mientras iba Flora á buscar un gorro de terciopelo para cubrir la cabeza casi calva del solterón.

— Tan buena es como hermosa, contestó Max; pero tiene el pronto de la gente de corazón.

Quizá parezca harto cruda esta pintura; pero esta escena, recomenzada cien veces con variantes más ó menos groseras, es el tipo de las que arman todas la mujeres de todas las categorías sociales tan pronto como empuñan el poder. Para ellas, como para los grandes políticos, todos los medios son buenos. Entre la mujer de la aristocracia y la plebeya, no hay más diferencias que las debidas á la educación y al medio. Los desdenes de la encopetada vienen á ser las violencias de la Enturbiadora. En toda la escala, bromas amargas, dicho punzantes, frio desdén, quejas hipócritas, etc.

Contó Max con tanto chiste la historia de Fario, que el viejo se rió; Védie y Kuski, acudidos para escuchar el relato, estallaron de risa en el pasillo; Flora no podía cesar de reír. Después del almuerzo, mientras leía los periódicos Juan Jacobo, pues se habían abonado al *Constitucional* y al *Pandora*, Max se llevó á Flora á su cuarto.

— ¿Estás segura que desde que te instituyó su heredera, no ha hecho otro testamento ?

— No tiene con qué escribir, contestó la joven.

— Pero ha podido dictarlo á algún notario, dijo Max. Si no lo ha hecho, hay que prever ese caso. De manera, pues, que acojamos cariñosamente á los Bridau, pero tratemos de realizar, y cuanto antes, todo lo colocado en hipotecas; contentísimos se pondrán nuestros notarios con esa, para ellos, agua turbia. La cuestión está en que consigas que todo vaya á nombre tuyo.

— Buena idea, dijo Flora. Sin ti, mi hermoso Max, ¿qué hubiera sido de nosotros ?

— Mañana por la noche, en casa de la Cognette, una vez vistos los parisienses, hallaré medio de que sean los Hochón mismos quienes los despidan.

— ¡Pero qué talento tiene este hombre ! ¡cuánto te quiero, amor mio !

La plaza San Juan está situada en medio de una calle llamada Grande Narette en su parte superior, y Pequeña Narette en la inferior. En aquella región, la palabra *Narette* significa calle en pendiente recia. La Narette es muy rápida desde la plaza San Juan á la puerta Vilatte. La casa del viejo Hochón está frente á la en que vivía Rouget. Á veces se veía por una de las ventañas de la sala lo que ocurría en casa de Rouget, y viceversa. Tan parecidas eran las dos casas, que debieron de ser del mismo arquitecto. Hochón, antiguo recaudador de contri-

buciones en Selles (Berri), y que había nacido en Issoudun, había vuelto á esta ciudad para casarse con la hermana del subdelegado, el galante Lous-teau, permutando en su empleo. Ya jubilado en 1786, evitó las tormentas de la Revolución, á la que se adhirió plenamente, prefiriendo no ir contra la corriente. Justificaba plenamente la reputación de avaro que tenía. Pero, ¿no sería repetirse el pintarlo otra vez ? Uno de los rasgos de avaricia que le hicieron célebre bastará para dar cabal idea de él.

Cuando se casó su hija, ya fallecida, como se casó con un Borniche, hubo que dar una comida á la familia Borniche. El novio, que había de heredar una cuantiosa fortuna, murió de pena por haberse arruinado, y sobre todo de ver que ni su padre ni su madre querían ayudarle. Aún vivían los viejos Borniche en aquel momento, felices de ver que el señor Hochón se encargaba de la tutela, por causa de la dote de su hija, que se comprometió á salvar. El día de la firma del contrato, los parientes ancianos de las dos familias estaban reunidos en la sala, los Hochón de un lado, los Borniche del otro, todos con sus trapitos de cristianar. En medio de la lectura del contrato, efectuada gravemente por el joven notario Herón, entra la cocinera y pide al señor Hochón cordelillo para atar un pavo destinado al asador, parte esencial de la comida. El antiguo recaudador sacó del bolsillo de la levita un pedazo de bramante que ya había sin duda servido para otro uso, y lo dió á la cocinera; pero antes de que llegara la cocinera á la puerta, le gritó :

— ¡Margarita, me lo devolverás !

De año en año se había vuelto más meticoloso el viejo Hochón; pertenecía á ese género de hombres que se bajan en la calle y que recogen en un alfiler diciendo : « He aquí la jornada de una mujer », plantándolo luego en su solapa. Se que-

jaba de la fabricación de los paños modernos, alegando que su levita sólo diez años le había durado. Alto, seco, flaco, amarillo, poco hablador, poco amigo de leer, no cansándose, ceremonioso, era muy sobrio para sí, y obligaba á su familia, bastante numerosa, á que le imitase. Eran: el matrimonio, el nieto Baruch y su hermana Adolfiná, herederos de los viejos Borniche, y el nieto Francisco Hochón.

Hochón, su hijo mayor, comprendido en 1813 en aquella requisición de hijos de buena familia que no habían pasado por las quintas, y que fueron llamados *los Guardias de honor*, había perecido en un sangriento combate. Aquel presunto heredero se había casado en edad muy temprana con una mujer rica, para no caer en una quinta cualquiera; pero comió toda su fortuna previendo su fin. Su mujer, que siguió de lejos al ejército francés, murió en Estrasburgo en 1814, dejando deudas que no pagó el viejo Hochón, oponiendo á los acreedores este axioma de la antigua jurisprudencia: *Las mujeres son siempre menores de edad*.

La casa, aunque grande, tenía pocos muebles. Sin embargo podíase muy bien recibir á Ágata y á su hijo. Entonces se arrepintió el viejo Hochón de haber conservado en ellas dos camas, con butacas y sillas, lavabo y demás. Allí guardaba el viejo peras, manzanas, etc., y ratas y ratones se divertían de lo lindo. La señora de Hochón hizo que limpiaran bien todo aquello; con obleas pegaron el papel de las paredes, caído en muchos sitios, se pusieron visillos en las ventanas; y como rehusó el viejo comprar alfombritas para el pie de la cama, la anciana dió la suya para Ágata, diciendo de aquella madre, que tenía cuarenta y siete años cumplidos: «Pobre pequeña!» Pidió prestadas á los Borniche dos mesillas de noche y se atrevió á alquilarle á un preñero, vecino de la Cognette,

dos viejas cómodas con agarradores de cobre. Conservaba ella dos pares de candelabros de madera preciosa, torneados por su propio padre. Desde 1770 á 1780, á todos los hombres ricos les dió por aprender un oficio, y Lousteau aprendió el torno, así como Luis XVI la cerrajería. Aquellos candelabros eran muy hermosos, y la señora de Hochón se decidió á ponerlos en el cuarto de los recién llegados. Tales preparativos y tal sacrificio escamaron más al viejo, que aún no creía en la llegada de los forasteros.

En la mañana de aquel día ilustrado por la farsa hecha á Fario, la señora de Hochón le dijo á su marido, después del almuerzo:

— Espero, Hochón, que recibirá usted como es debido á la señora de Bridau, mi ahijada. Y después de asegurarse de que no estaban ya allí sus nietos, añadió:

— Soy dueña de mi fortuna; no me obligue usted á que, en mi testamento, resarza á Ágata de los malos modos que con ella tuviera usted.

— ¿Cree usted, señora, contestó Hochón con voz suave, que no conozco, á mis años, las reglas de urbanidad?

— De sobra sabe usted lo que quiero decir, viejo cazurro. Sea usted amable con nuestros huéspedes, y recuerde cuánto quiero á Ágata....

— También quería usted á Max Gilet, el cual va á devorar una herencia que le corresponde á su querida Ágata de usted.... Buen cuervo ha criado usted; pero después de todo, el dinero de los Rouget había de recaer en un Lousteau cualquiera.

Después de esta alusión al presunto nacimiento de Ágata y de Max, Hochón quiso salir; pero su mujer, aún derecha y firme, bien vestida y cuidada, colocó su tabaquera sobre un veladorcito y dijo:

— No comprendo cómo un hombre inteligente como lo es usted, señor Hochón, puede repetir